

EL SOPLO DE LOS DIAS HEROICOS



BENJAMIN LATORRE CHAVES

A propósito del proyecto de Ley que honra la memoria del General Ramón Marín, en un rápido debate, alcanzó a pasar en la cámara, en la mañana del sábado, un soplo de los días heroicos.

Los luchadores que cayeron en la lid, los que pagaron el tributo a la tierra en épocas de menor tribulación y los que sobreviven como para atestiguar el ardor, la fé y la valentía que los llevaron a confiarle a la bélica pugna la reforma, recibieron el homenaje de tres generaciones.

Quienes tomaron la palabra representaban y representan a la generación de la guerra, la generación del Centenario y la generación de los últimos. En todos hubo el acento que convenía a la evocación y en todos las palabras salieron como flechas para

clavarse en un blanco de ideal, que es el ideal siempre buscado, el que incita a la marcha y el que constantemente se aleja, venturosamente, como el horizonte. Pudo oírse imaginariamente el toque de las cornetas. Pudieron verse pasar las banderas, desgarradas por la metralla y por los vientos, pero siempre inspiradoras, siempre capaces de producir el choque, casi místico, que invita a ofrecer la vida o a comprometerla para que la doctrina perdure.

Oyendo a los oradores evocábamos el nombre de los que hirieron para siempre nuestra sensibilidad de niños con sus hechos de armas. Mentalmente nos cuadráramos para hacerlos el clásico saludo. Allá iban Vargas Santos, Foción Soto, Anibal Correa, Manuel Colmenares, Cornelio Jiménez, los ancianos que a todos los revolucionarios daban un ejemplo de abnegación y de brío. Allá los de los combates gloriosos: Uribe Uribe, Benjamín Herrera, Siervo Sarmiento, Ramón Neira, Justo L. Durán, Benito Hernández, Ramón Marín, Juan Mac Allister, Benito Ulloa, Antonio Samper Uribe, Rafael Camacho y tantos otros. Allá los sacrificados: Cenón Figueredo, Juan Francisco Gómez, Cesáreo Pulido, Aristóbulo Ibáñez, Tulio Varón, Félix Piñeros, los hermanos Sánchez Núñez, Vicente Carrera. Allá los que aún viven, para que sintamos la eléctrica corriente y aprendamos a ser gratos con los que no retrocedieron ante el sacrificio: Rafael Leal, Bustamante, José Joaquín Caicedo, Teodoro Pedroza, Ruperto Aya, Max Carriazo, Celso Rodríguez, Lucas Caballero.

Hombres de la guerra y hombres de la paz, revolucionarios y estadistas, combatientes que fueron a reclamar con la espada y con el rifle, lo que insistentemente habían estado pidiendo con la pluma.

¡Sombrero a tierra, que están pasando ellos! La colombiana hombría, revelada ante el mundo en los días iniciales de la Independencia, se prolongó

en las agitaciones de un siglo, y, para empezar el siglo del que llevamos consumida una tercera parte, tuvo esa llamada de los mil días, como en los días de ahora tuvo el ejemplo de un Solarte Obando, de un José María Hernández, de un Cándido Leguizamo.

Es ingrato y es torpe renegar de quienes lo ilustraron en la época de fuego, porque el fuego puso a hervir los ideales, estos mismos ideales, pacifistas, de que hoy nos ufamamos. Si honrar a los muertos es demostración de honradez y de cultura, honrar a los héroes es deber imperioso de lealtad y de agradecimiento”.

Hasta aquí los párrafos principales relativos al extenso artículo del inolvidable Nieto Caballero, publicado en la famosa Revista “El Gráfico” el 30 de octubre de 1935. Al día siguiente, el suscrito Latorre Chaves, se dirigió a dicho señor en los siguientes términos, que él hizo acoger en la citada Revista inmediatamente:

“Dr. L. E. Nieto Caballero.
La Ciudad.

Muy estimado señor:

Yo también, y de qué manera tan intensa, he sentido una vez más, al leer su editorial de ayer, el soplo carísimo de los días heroicos. Han vuelto a desfilár rápidos, bien agarrados por los recuerdos de mi adolescencia, como en pantalla nítida, los momentos del pronunciamiento a órdenes de los jefes Antonio Samper Uribe y Honorato Barriga, a principios de 1900, en la región del Salto de Tequendama; el desplegar y ceñir entusiasta de la enseña roja; las primeras vigiliás, las marchas precavidás.

Tiempo después la incorporación en Apulo a parte de las huestes de los Generales Aristóbulo Ibañez y Teodoro Pedroza, destrozadas poco antes en el Norte del Tolima; el tónico de nuestro ingreso, pues éramos ya más de un centenar; el ataque afortunado a Fusagasugá, y permanencia allí de dos días

inolvidables; luego el abandono forzoso de la ciudad, compensando en seguida con el triunfo en Icononzo, donde cayó prisionero, luchando como valiente, el Comandante Próspero Piedrabita. Más tarde, la batalla campal de “Hilarco”, de serias proporciones, cerca a Purificación, entre algo como dos mil hombres, también con éxito completo para nuestras armas. El regreso a Cundinamarca; el audaz golpe sorpresivo al Batallón de García Herreros en Sibaté, planeado principalmente por Samper Uribe y por Pedroza; el retorno triunfal a Fusagasugá, conduciendo prisioneros a Jefes, Oficiales y tropa; una semana más allí, agasajados.

En seguida... el desastre:

Tibacuy.—Nuevo éxodo al Tolima, el refugio nobilísimo, de entusiasmo inextinguible. Persecución incesante, sobresaltos, reacción, pequeños contingentes reunidos de nuevo, marchas estratégicas y contramarchas nocturnas, rozando las avanzadas enemigas. Resultado brillante, tras grave fogueo, la ocupación de Neiva, reducto no dominado hasta entonces.

Bustamante, Ibañez, Pedroza, Calcedo, Barriga, Samper U., Marín, Buendía, marcando siempre el derrotero. Luego la invasión al Cauca por el Huila, señalada cruentamente a cada paso por las víctimas de vanguardia, fustigadas sin cesar; la entrada, como primera etapa, a Silvia. Por fin, el 20 de octubre de 1900 el ataque encarnizado, durante doce horas, a Popayán; las alternativas de la lucha, el quebranto enorme al anochecer; nuestro agotamiento de pertrechos. El General Barriga, el Mayor Peña, los hermanos Cuenca y muchos más fuera de combate.

Por último, nuestra desbandada hacia el Sur; la internación en la montaña durante un mes sin el menor recurso hasta transmontar los Andes y salir, cadavéricos, al Pacífico, por el río Micay.

En seguida una aurora:

Tumaco: Tumaco, ocupada entonces por la revolución. Tres días después de albergados allí, la arremetida de Carlos Albán gobernador de Panamá, atacando con barcos tripuladísimos; la resistencia desesperada: el retroceso lento; al cuarto día la impotencia para sostenernos; la evacuación hacia el Ecuador; la derrota, al parecer, definitiva. Los de la extrema retaguardia, cuando quedamos, tras la última descarga a merced del enemigo, conducidos, aherrojados, en la bodega de un vapor, a las Bóvedas de Chiriquí.

En aquellas mazmorras, húmedas y ardientes, el cautiverio sin esperanza, el hacinamiento inmisericorde, la tortura para varios de nuestros compañeros. —Un año más tarde, recuperado Tumaco— el canje, de nuevo la libertad, el vivac. El arribo total de la expedición a Panamá, cuyo desembarco en Tonosí fue tan bravamente dificultado. La sabia dirección de Herrera y de Lucas Caballero, el coraje indómito de Bustamante y tantos otros. Después, la hazaña máxima de esa campaña del Istmo, realizada en enero de 1902, en la propia bahía de la capital por dos héroes, casi olvidados: José Antonio Ramírez y Roberto Payán, con el gran artillero, Valdemar y compañeros: el ataque y hundimiento del "Lautaro", a bordo de nuestro "Almirante Padilla", donde pereció gallardamente el General Carlos Albán, cuya muerte fue lamentada en la misma Orden general, participante del triunfo.

En febrero inmediato, el primer combate de "Aguadulce"; el gesto del General Caballero, que en momentos por demás críticos, acudió también aquel día a la línea de fuego, ayudando a reaccionar las tropas diezmadísimas. En seguida "David" y "Bocas del Toro", triunfos espléndidos, obtenidos por el allí General Ramón Buendía Carreño.

En otra ocasión el grito imperativo

de "al abordaje", lanzado por el General Paulo E. Morales a la tripulación de su barco, al quedar inutilizadas las baterías ante el ataque del enemigo, mejor artillado, al cual causó esa actitud tan grave desconcierto, que emprendió la retirada, salvándose así de la captura o del naufragio inminente las tropas a su cargo, que eran conducidas allí en navés a remolque.

Y como para cerrar brillantemente la campaña, surge el segundo y formidable "Aguadulce", con sus veintiocho días de lucha técnica, casi dotificada por nuestros generales. Satélites allivos juegan también en todos aquellos campos, y sin reservas, su juventud y porvenir. Valentín Ossa, Enrique Gómez, Alaim Lemos, Adelmo A. Ruiz, Luis Felipe Latorre Latorre, Arturo Carrera, Moisés de la Rosa, Angel M. Buendía, Segis Cleves, Julio del Castillo, Alberto Ibáñez y tantos otros, que anhelara ahora recordar.

Por último, en noviembre de 1902, la confirmación del rumor en los campamentos, grato y melancólico, del Tratado y cesación de hostilidades. Luego... la paz. Bendita paz— con tanto decoro obtenida— y de tan enorme repercusión patriótica.

Acepte usted, para terminar, por mi parte las expresiones de agradecimiento por el homenaje de su artículo citado, que es parte como un himno, para aquellos luchadores idealistas. Espiritual ofrenda esa que debiera complementarse, con algo siquiera como el reconocimiento oficial—que no sería una dádiva— de los grados militares alcanzados en buena lid y bajo purísimas banderas como las que hacían temblar los jefes anunciados y muchos otros de selección. No es el objetivo de este empeño, causarle erogaciones al Estado. Algo más posible y reconfortante podría obtenerse. Y usted sabría desarrollarlo.